



SEMANARIO ENCICLOPÉDICO ILUSTRADO.

SUMARIO: Texto.—La santurrona, por D. C. Frontaura.—Improvisación, por D. Francisco Hurtado de Mendoza.—La rosa y el laurel, poesía por D. Nilo María Fabra.—Recuerdos de viaje, por Garcí-Núñez.—Las ligas verdas, por D. Ll. Desideri Lucasa.—Pensamientos, por D. E. T. L.—Teatros.—Miscelánea.—Epigramas.—Ilustración.—Caricaturas, por Persianas.

LA SANTURRONA.

¿No conocen VV. á doña Casta?

Pues doña Casta es una señora *pensionista de gracia*, no por la gracia que ella tiene, sino por la de la pension que le concedió el rey difunto, gracias á docena y media de memoriales y á los buenos oficios de los padres agonizantes, á quienes el suyo había servido, mas de estorbo que de otra cosa.

La gracia de doña Casta consiste en cinco reales diarios; y como ella dice, algo es algo, y mas vale poco que nada, y para cuatro dias que se vive en este mundo, ¿para qué queremos tener mucho, si luego lo hemos de dejar aquí todo?...

Doña Casta no ha sido bonita nunca; ¡figúrense VV. como será, ahora que ya tiene sus cincuenta y siete, largos de talle!...

Doña Casta vive sola, en compañía de un gato *domínico*, muy mono, en quien tiene puestos los cinco sentidos, porque el animalito parece que la conoce, y

no le falta mas que hablar para manifestar el desinterés al amor y profundo respeto que le inspira su amita, como ella dice.

Pero si el gato no habla, en cambio doña Casta tiene con el gato tales conversaciones, que si todos los vecinos no supiéramos que doña Casta es perfectamente casta, y mas fea que un lobo, podríamos creer que á la vejez le habian dado las viruelas, y que en el mundo se hallaba un hombre tan olvidado de sí mismo, y tan despreciado de todos, que había puesto los ojos en una mujer de tal fecha y de tal facha.

El gato, que es un tumbon de primera, se deja querer de la vieja, y oye cual quien oye llover como le llama « ¡Hijo mio, Sol dorado, Regalo de la casa! » y otros escesos, arrimándola de vez en cuando alguno que otro arañazo por jugar, como dice doña Casta.

Doña Casta no está en su casa mas que de noche. Por la mañana se levanta, pide dos carboncitos á una vecina, una *chispita* de aceite á otra, un granito de sal á la portera, y ella y el gato almuerzan lo que la noche anterior le sobró de la comida que trajo de casa.

de doña fulanita, donde, Dios se lo pague, siempre le guardan lo que sobra; despues se pone la mantilla, coge los libros de devocion, que suelen ser el *Manojillo de flores á Maria Santísima* y el *Caminito del cielo*, el rosario, tres ó cuatro escapularios de otras tantas cofradías á que pertenece, y la llave de la puerta de su celdita; encarga al gato que no se vaya, y que no le arañe la colcha, y que no se suba al fogon, y sale santiguándose devotamente.

Y antes de manifestarse en la calle, se manifiesta en la portería y entabla con la portera este interesantísimo diálogo.

—Sra. Petra, ¿ha tocado ya la capuchinita?

—No sé, doña Casta, he oido campanas y no sé de donde.

—Como en esta casa no sabe una la hora en que vive...

—¿Donde vá V. tan temprano, doña Casta?

—A ver si *cojo* misa de ocho ahí, en las monjas.

—¡Pues que! ¿Es domingo?

—No, señora, pero yo oigo misa todos los dias: eso no cuesta dinero, y algo hemos de hacer por Dios. ¿Y el pariente? ¿Se fué ya al trabajo?

—Sí, sí... ¡buen trabajo te dé Dios! El dice que vá; pero ¡quia! á tomar el sol se habrá ido, como si lo viera... ¡Como luego á la una se encuentra la mesa puesta!

—¡Ya le daria yo rejalgar! ¿No ha querido tener marido?

¡Duro... duro...!

—¡Calle V., señora! Yo lo hago por estas criaturas...

—Vaya una plaga!... ¡Chiquillos! No los puedo ver. ¡Ah! ya toca la capuchinita... Hasta luego, Sra. Petra.

—Vaya V. con Dios.

Y sale doña Casta y se dirige al templo, donde entra, y despues de tomar agua bendita, coje un ruedo, lo lleva arrastrando hasta cerca del altar, lo coloca al lado de un banco, y se dispone á comenzar sus prácticas piadosas, preguntando á la persona mas inmediata si va á salir pronto la misa, y al monaguillo que pasa por allí, si tendrá un cabo de cera que darle para las tempestades, y si cantará la monjita en la misa mayor.

Doña Casta se está en la iglesia pasando el tiempo, lo mismo que pudiera estar en cualquiera otra parte.

Oye todas las misas que salen, y cuando terminadas todas van á cerrar el templo, ella se va á hablar con la madre Filomena de la Transfiguracion, quien le da alguna estampita ó un acerico que tiene que llevar de regalo á una casa, y al mismo tiempo algun que otro encargo de sus compañeras, como comprar

un niño Dios para vestirlo, ó llevar á casa de los conocimientos dos velas que han adornado con recortaduras de papel y cintas de seda. ó una caja de cristal para los hilos con su espejito dentro, etc., etc., con objeto de que las compre alguna persona de gusto; doña Casta se cree tan distinguida y honrada con esta confianza, que por nada del mundo cederia el encargo de servir á las monjas en esos y otros que suelen darla, porque saben que ella tiene muy buenas relaciones en Madrid, como que conoce á la sobrina del ama del cura de tal parroquia, y al sacristan mayor de otra, y suele ir á asistir cuando no tienen criada, á casa de la marquesa; de lo que Vds. quieran, que no es de estas señoritas del dia, que no tienen mas que aparato, sino una verdadera grande de España, que tiene una mesa que es lo que hay que ver, y una despensa llena de todo lo que Dios crió.

Despídese doña Casta de la madre, y otra vez en la calle, recorre las casas donde tienen el mal gusto de recibirla, y en una cuenta lo que ha visto en la otra, y no hay ejemplo de que doña Casta hable bien de persona nacida; y en una casa le dan para que compre *rapé* y en otra le *hacen* que se quede á comer, y en otra le dan lo que sobra, y en todas partes saca algo, por mas que luego vaya *quitando el pellejo*, como dice el vulgo, á las personas que la favorecen.

Cuando Doña Casta está en su elemento, es cuando en alguna de las casas á que concurre hay alguna enferma de peligro: allí está Doña Casta, andando de un lado para otro, encareciendo el estado de gravedad de la paciente, recomendándosela á todos los santos de su devocion, y proclamando la ineficacia de los remedios que emplean los facultativos, y las escelencias de otros que ella conoce por haberlos visto aplicados con gran éxito á otras personas, que han muerto por supuesto como cada hijo de Adán, y fiando la curacion de la enferma de una reliquia que tienen tales monjas, y de un Padre Nuestro que la madre Filomena le ha ofrecido rezar.

Y luego, cuando la enferma muere, es de ver á Doña Casta como coge el cadáver, y lo amortaja, y lo peina, y como encarece que ella sola está serena, y que las personas de la casa no sirven para nada, y están todas que parece que no saben lo que les pasa. Doña Casta hace un mérito de su actitud resuella, en medio de la fundada afliccion de la familia, y sin embargo, no sé que mérito tenga ver tranquilamente el cadáver de una persona que no le importa maldita la cosa, que haya huido de este á otro mundo mejor.

C. FRONTAURA.

(Se continuará.)

(Del Dia.)

IMPROVISACION.

A la temprana muerte de la Sta. B.^a María de los
Dolores Diaz-Zafra y Milla.

Un fúnebre tañido
tétrico zumba,
porque una virgen bella
baja á la tumba.
¡ Clamor sombrío !
triste como la noche
y el llanto mio !

Ante el fúnebre lecho
vése angustiada,
á su doliente madre
desconsolada.
Que en su agonía,
ve apagarse la estrella
de su alegría.

Arrojan sus pupilas
raudal de llanto,
que marchita las flores
del Campo santo.
¡ Que desconsuelo !
sus amantes miradas
buscan al cielo !

El sol enrojecido
los campos dora,
y sorprende á la madre
que triste llora.
La luz la angustia,
como el sol á la planta
que yace mustia...

Era blanca paloma,
cual nieve pura,
y aunque á su cuerpo encierra
la sepultura,
Su alma alzó el vuelo,
y perdióse entre nubes
allá en el cielo.

De la triste campana
las vibraciones,
anuncian que has dejado
ya estas regiones.
¡ Clamor sombrío !
triste como la noche
y el llanto mio !!!

FRANCISCO HURTADO DE MENDOZA.

LA ROSA Y EL LAUREL.

A mi amigo y co-redactor Pepito.

En un jardin ufana se ostentaba
Mecida por el aura bella rosa,
Que tímida pasando murmuraba
De amor querella dulce, misteriosa.

De estos amores un laurel testigo
Que cerca del ros'al verde crecía,
Con voz doliente al céfiro decía:
—¡ Porqué no me acaricias dulce amigo...!

Entonce abrió la rosa su capullo,
Su débil tallo airada levantando
Y en la corola su rubor mostrando,
Dijo al laurel con desdeñoso orgullo:

—Yo soy de este pensil la soberana,
Emblema del amor y su homenaje
Me presta el aura, perlas la mañana,
La nube es mi rival con su celaje

Y reina me proclama de las flores
El céfiro que grato aquí murmura;
Porque yo soy la flor de sus amores,
Señora del jardin por mi hermosura.

—¡ Cuan pronto acabarás tu poderio !
Dijo el laurel con lastimoso acento,
¡ Ay ! ¡ cuan pronto verás que á su albedrío
Doquier te arrollará marchita el viento !

¡ De tus bellezas hoy estás ufana
De la brisa escuchando los rumores;
Mas del cierzo quizás á los rigores,
Secas tus hojas mirarás mañana !

Cuando el sol ocultose en occidente,
Mustia la rosa de dolor lloraba,
Su efímera existencia se apagaba
Del áustro abrasador al soplo ardiente.

Entonces con helada indiferencia
Dijo el laurel:—enseña soy de gloria
Y vegeta lozana mi existencia
En el combate, al son de la victoria.

Las sienes al ceñir de los valientes,
Doquiera el mundo entero me proclama
Y raudo corro en alas de la fama
Y eterno quedo en las futuras gentes.

¡ Tú, rosa, que de amor eres emblema,
Cual él mueres también; y así se apaga
Ese hermoso matiz que tanto halaga
Al áustro ardiente que tus hojas quema!

NILO MARÍA FABRA.

RECUERDOS DE VIAJE.

¿Sabeis, lectores queridos, uno de los apuros mas grandes de la vida de un escritor? Tener necesidad de escribir y no tener ganas ni asunto de que tratar.

Ahora bien; yo me encuentro en uno de esos apuros, con la necesidad de echar mi pedacito de azúcar en la colmada copa de *Café* que gratis, *mediántibus illis*, os regalamos cada domingo, (si el tiempo lo permite,) y no sé de donde sacar el azúcar, no tengo fuerzas ni para ponerlo dentro de la taza...

Quería escribiros una cosa que no fuese *nada*; ni *carne ni pesca*, como diria un *pincho* andaluz... pero en fin, como tengo mucho papel que llenar, mucho azúcar que confeccionar, me resigno á deciros *algo*; esto es, yo creo que voy á deciros algo; tal es mi parecer, pero respeto el de los lectores que despues de leerme, digan; esto no dice *nada*! soy muy amigo de la libertad de opiniones y aun lo seria de la de hacienda, sino me hubiesen de llamar comun..... ista; no me gustan los nombres compuestos.

Pues como quería deciros, este verano se me antojó la idea de querer dejar la jaula de Barcelona, para volar por esos campos de Dios en busca de aire y de horizontes, pues entre el calor de la estacion y el calor de mi buhardilla, (que en ella habito como sugeto de *elevada* posicion,) creí que harian de mi cuerpo un caramelo, y aunque quisiera tener un poco de tal, sin embargo temo convertirme en dulce por totalidad.

Insiguiendo mi capricho, despues de haberme hecho rapar (para mayor economía y comodidad,) y no digo afeitar, porque, lectores de mi alma, soy barbilampiño, me fui con mi *aflautada* persona á una administracion de diligencias para tomar el indispensable billete y convertirme en *papeleta* como diria una persona que yo sé, aunque vosotros no lo sabeis; pero en fin, para el caso lo mismo es.

Con este requisito, y con mi maleta y un hijo de Caco (vulgo faquin) que la llevaba, me presenté á la hora de partida en la nombrada administracion. Era de noche; escogí esta hora, pues en nuestras magníficas carreteras el viajar en el verano de dia, es morir á manos de dos asesinos implacables... el sol y el polvo.

Despues de 4 horas de espera, se cargó el equipaje de los viajeros, se prepararon las mulas, se repantigó el conductor en la delantera de aquella casa ambulante, como podria hacerlo un ministro de hacienda en su poltrona, se oyeron algunos ayes comprimidos de las pocas personas que habian querido aguardar la marcha de la diligencia, (pues eran ya las 12 de la noche, aunque el billete decia á las 8 en punto) y al fin... al fin, lectores míos, aquella casa sin cimientos, ó mejor dicho, aquella casa con cimientos de ruedas, dió á conocer su arranque, con una enérgica interjeccion del conductor, con un silvido del zagal, con el chisggg..... chasggg..... de los látigos y con el ladrido de algunos *perros calaveras* que á aquella hora tan avanzada aun no se habian recogido en sus pa-

ternos hogares; aquí *paternos* no alude á padres, sino á *patas*; es una etimología como otra cualquiera.

Yo iba en la berlina de la diligencia; como era la noche algo oscura y la luz la llevábamos delante, apenas pude examinar á mis *ad-láteres*, con que contentaos, los que seais curiosos, con un bosquejo de descripcion; el uno era un hombre gordo, muy gordo, un hombre-tonel, que tosia, y tenia frio y tenia calor, y cerraba la ventanilla, y la volvía á abrir, y tenia valor de hablarme de tomar baños, cuando su cuerpo bombo desde que se puso en contacto con el mio flauta, lo hacia sudar en todos los tonos, desde los agudos como mi persona, hasta los graves como su panza.

En suma; aquel hombre me asesinaba; debia seguramente pertenecer á esa clase de *comerciantes sanguijuelas* cuyo destino es chupar el jugo de todo ser humano que se les acerca y negociar hasta con los sentimientos; por consolarme de tan mala vecindad, púseme á hacer observaciones en el ente de mi derecha; entonces me regocijé: era una mujer; ¡Adán y Eva! pensé yo..... tú serás mi *compañera*... y yo me libraré del culebron que llevamos al lado....

La *donna* pues, que tenia á *mano*, segun creí ver, representaba como de veinte y ocho á treinta años; nariz aguileña, boca hundida, barba puntiaguda, un bigotillo como de pollo que aun no ha salido del cascarron, es decir, un bigotillo femenino y por último, dos ojos negros, pequeños, brillantes como dos carbunclos, y que sobresalian con sus fulgores en el fondo polvoriento y negro de la diligencia, como lucecillas ambulantes entre las sombras de una noche de lluvia...

Su cuerpo correspondia á sus facciones; delgada hasta la exageracion, su cuerpo no era cuerpo, era un alambre cubierto con una funda; su vestido negro, largo y estrecho como toda ella, manton del mismo color, y un pañuelo á la cabeza, pero de un color tan indefinible que casi no llegaba á serlo.

Algunas veces abria la boca, hablaba, yo me dirigia para responderle, pero ella seguia hablando, sin cuidarse de mis movimimientos; era que rezaba.

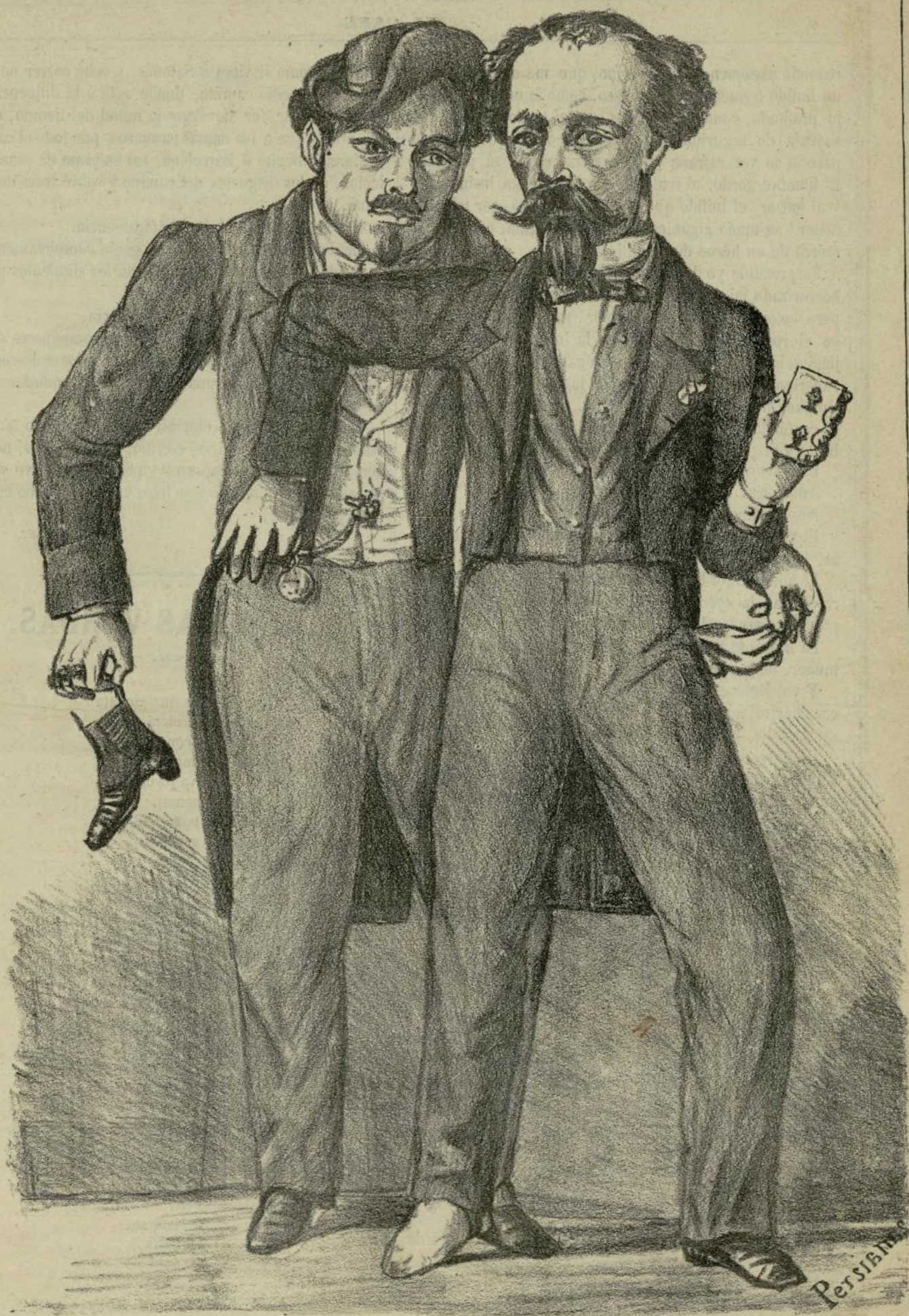
En una palabra, me habia tocado por vecina una *beata*; mis ilusiones se habian disipado al soplo de sus palabras heladas y monótonas, como una blanca nubecilla á impulsos del huracan desapiadado.

Volvime entonces cabizbajo para buscar consuelo, pero me encontré otra vez con el hombre-tonel, que mejor acomodado que antes y dando mas laxitud á su voluminoso abdomen *et cétera*, habia ocupado dos puestos y medio de la berlina, para dejar en medio á la beata y á mí.

Entonces comprendí todo el horror de mi posicion; estaba entre Scila y Caribdis, estaba entre dos abismos... la beata y el hombre gordo... Ah! desgraciado de mí! maldita ocurrencia la de mi viaje!

En aquella *opresora* situacion, tomé mi partido estremo. Habia sufrido demasiado. La cólera reemplazó á la mansedumbre.

Entonces hiqué violentamente mi afilado codo en el



PROBLEMA.---¿ Quien vence a quien?....

redondo abdómen de mi vecino, que me ensordeció con un bufido tremendo, voluminoso, como la nota de un bajo profundo, como los cantos de un cerdo, como una válvula de seguridad que salta; á todas estas cosas se parecía su voz extraña y descomunal como su persona. El hombre gordo, al sentir la *agudeza* de mi insinuación y al lanzar el bufido que os he dicho, dejó caer ¡oh deshonra! su mano gigantesca sobre mi mejilla, con toda la fuerza de un héroe de la antigüedad.

Sorprendido yo de aquella blanda respuesta, eché atrás horrorizado mi cabeza, temiendo que secundase el golpe, pero entonces, entonces, oh dolor! mi cabeza fué á dar en el rostro de la inocente, de la inofensiva beata, dejándose con la nariz no tan arrogante, con las mejillas ruborosas, con los ojos llenos de lágrimas y con la boca sin gana de reír en muchos días... En aquel momento, se confundió en el aire el ¡uff! del gordo, el ¡ay! de la beata y el ¡oh! mio.

El mayoral asustado detuvo la diligencia.

Amanecía.

Nos apeamos frente á una venta.

El ventero, hombre pacífico como todos los de su raza, apaciguó nuestra querrela completamente.

El hombre gordo se puso paños de agua sedativa para calmar la *agudeza* de su dolor; no siempre lo agudo produce risas.

La beata se tapó la cara, pues á pesar de todo, como muger, tenía sus pretensiones.

Y yo, lectores míos, me puse á buscar un medio de conciliar mi *honor*, con el bofetón que ya no podía endosar á nadie, pues se me había conferido en propiedad.

Después de arregladas estas cosas y las cosas de los viajeros, la diligencia emprendió de nuevo su marcha y ya el rubicundo Febo, como diría un poeta, asomando sus narices por Oriente, empezaba á dejar caer sobre el mundo su colosal respiración.

Al cabo de media hora llegamos al pueblo, al suspirado término de nuestro viaje.

Fuime á tomar alguna cosa á su única posada, pues estaba ya desfallecido; pero mi viaje había de ser en todo desgraciado.

El posadero era cuñado nada menos, de la beata á quien yo aunque inocentemente, había hecho mudar de cara.

Entre cuñados la simpatía es grande; es inútil decir que también el posadero se alborotó, me insultó, y hube de salir de aquel público establecimiento, por ser el único particular de la diligencia, con el estómago del mismo modo que había entrado y lo que es peor, con el honor más endeble todavía que aquel.

Entonces me así á mi única esperanza. Llevaba una carta de recomendación para un pariente, en cuya casa debía pasar la temporada.

Aburrido ya, me dirigí á ella sin esperar la hora de cumplido; pero, lectores ¡horrorizados! mi pariente, mi mayor esperanza, mi única recomendación, era también mi único, mi mayor enemigo; era en una palabra, el hombre gordo! La carta se me cayó de las manos; me

santigué como si viera á Satanás, y eché correr como un loco hasta medio camino, donde subí á la diligencia que me hizo pagar por llevarme la mitad del tiempo, el triple precio que á los demás pasajeros, por todo el camino.

Cuando llegué á Barcelona, caí enfermo de una insolación, de los disgustos del camino y sobre todo del bofetón.

Era el justo castigo de mi impaciencia.

Desde entonces he variado de genio completamente.

Desde entonces, he cumplido con los siguientes propósitos.

No viajar más de noche en diligencia.

Volver grupas si me encuentro por compañeros de viaje con un hombre tan gordo como mi pariente desconocido hasta entonces, ó con una muger tan *encantadora* como la beata de marras.

Y por último, no escribir ningún artículo tan malo como el presente, ó si los escribo, lectores míos, no presentároslos, para no cansaros y pedirlos de nuevo vuestra indulgencia, como ahora lo hace vuestro.... (no encuentro el término.)

GARCÍ-NUÑEZ.

LAS FIGAS VERDAS.

Hi ha en Reus una xiqueta
tan maca y aixarideta,
que me n' te lo cor robat.

La vegí una matinada
cuant lo sol nova jornada
ja n' havia comensat.

May he vist tanta bellesa,
tanta gracia y gentilesa
com aquell felis matí.

Perque una fada semblaba
que del cel se m' presentaba
ab forma de serafí.

Sa cara es la mes hermosa,
te en cada galta una rosa,
que retrata l' seu pudor.

Y un mirar tan viu que mata,
lo dentat com una plata
y l' cabell com un fil d' or.

Boca xica y encarnada,
cell de paloma nevada,
front altiu y aixecat.

Gest de verge candorosa,
la presencia magestuosa,
y aire de gran dignitat.

Com encantat sense cura,
al véurer tanta hermosura
me vaig quedar escoltant.

Dessota sa finestreta,
que entonaba sa veuheta
dolsa y tendrament est cant:

*Tam-patam-tam que las figas son verdas,
tam-patam-tam que ja madurarán.*

Jo li n' digni, ay ma senyora,
que ditxa la mia fora
si pogués ser ton amat!

En tot lo mon no hi hauria
existencia com la mia
ab tanta felicitat.

Tot mon gust fora en cuydarte,
en servirte y adorarte
com lo més humil esclau.

De una vida soberana,
regnarias com sultana
en son ostentós palau.

Tot quant de mi desitjasses
y tot lo que m' ordenases
cumpliria fidelment.

Ta voluntat respetada
per mi fora y observada;
ton capritxo un manament.

De las flors més olorosas,
aromas, clavells y rosas,
violetas y malva real,

Bellas toyas te n' daria
y de ta casa n' faria
un paradís terrenal.

O xiqueta encantadora,
á mon cor que tant te adora
fes que no suspire tant.

Y la més gentil xiqueta
desde de aquella finestra,
me respongué tot cantant:

*Tam-patam-tam que las figas son verdas,
tam-patam-tam que ja madurarán.*

Que pretent ta fantasia?
que es lo que ab més gust pendria?
lo teu cor perquè s' daleix?

Lo teu desitg que ambiciona?
Vols posarte una corona
que ton fraut altiu mereix?

Digasme, soldat, te adoro,
y en que sia la del moro,
ó millor la del inglés,

A ton cap veurás cenyida,
y serás d' ell obehida
com ell de sos súbdits ho es.

Que si ton amor m, ampara,
invencible jo desd' ara
ab ma espasa y mon caball,

Com si fos llam de la guerra,
jo li arbolaré sa terra
y l' faré lo teu vassall.

Pero tos sentits no m' ouhen,
ni mas rahons te commonhen,
ni de mcs sospirs te dols?

O xiqueta de ma vida,
no m' sias desagrahida
si desesperar no m' vols.

¿No tens una parauleta,
ni menys una miradeta
pera ton rendit amant?

Paraula mala, ni bona,
me doná la tacanyona,
que ella continuá ab son cant.

*Tam-patam-tam que las figas son verdas,
lam-patam-tam que ja madurarán.*

Resposta no me n' te dada,
ni sesquera una mirada
que á mon cor aconsolás!

Y jo per ella n' daria
la vida y l' ánima mia
tan sols me las demanás!

Ja perduda la esperansa
detindre ab ella amistansa,
puig que no fa cas de mi

Y desdenya mon afecte,
mon amor y mon respecte
jo li u' jur fins á ma fi,

Que jamay podré olvidarla,
ni podré deixá d' amarla
sent tan hermosa com es,

Que altra en lo plá, ni en la serra,
ni en tot lo mar, ni en la terra
com ella n' veuré maymés.

Comensat ja l' sacrifici
de mon amorós desfici
pera la que m' te penant

Sentme tan desagrahida,
tots los dias de ma vida,
jo repetiré son cant:

*Tam-patam-tam que las figas son verdas,
tám-patam-tam que ja madurarán.*

LLORENS DESIDERI LACASA.

Reus 9 d' Abril de 1860.

PENSAMIENTOS.

Pretenden que la vida es sueño, yo digo que el sueño es vida; solo con él huyen de nuestra mente los pesares que la aquejan y se desliza tranquila nuestra existencia.

Infinitos creen acertar diciendo que no tienen amigos, sino conocidos. ¡ Cuantos hay á quienes dan este último nombre y á quienes, sin embargo, no llegan nunca á conocer!

En la antigua Roma los Senadores eran llamados paterfamilias, padres de la patria; en el siglo XIX, se les podria tal vez llamar padrastreros.

El emblema del despotismo es la muga.

Muchos dicen que han perdido todas sus ilusiones; ninguno hay que no tenga esperanzas y mayor ilusion.

¿ Porqué nos deslumbra el sol cuando brilla?
es el reflejo de la divinidad.

TEATROS.

PRINCIPAL.

En este coliseo continua atrayendo numerosísima concurrencia el acreditado Mr. Herrmann. Hace suertes muy ingeniosas y cómicas. La suerte de la *botella inagotable*, la *del anillo* y sobre todo el *concierto monstruo*, le valieron unánimes y merecidos aplausos. Con todo, algunas de las difíciles suertes en que sobresale, se las vimos ejecutar á otro prestidigitador en el vecino coliseo, creemos el año 52 ó 53.

La compañía lírica está *de baja*. Dios quiera que cuanto antes se la dé *de alta*. Lo deseamos para *provecho* de la Empresa y *honra* de la bella señorita Spezia.

LICEO.

Sentimos vivamente la indisposición del inteligente Sr. Giraldoni, y de todas veras anhelamos su pronto restablecimiento para poder ver la reproducción de alguna de las óperas que con tal primor desempeña.

Muy mal tercio hizo al Sr. Rodas este inconveniente, pues, á buen seguro que con *Il Trovatore* habría conseguido que el beneficio fuese algo mas *beneficioso*. Con todo, la academia del jueves mereció unánimes aplausos: nosotros deseamos al beneficiado mucha *honra*; pero asimismo muchísimo *provecho*.

La compañía dramática ha puesto en escena la preciosísima comedia del señor D. Ventura de la Vega, *El hombre de mundo*, donde sobresalieron la señora Yañez y el señor Malli que estuvieron inmejorables en el desempeño de sus respectivos papeles. El señor Dalmau recogió también aplausos por su buen y natural decir. Los demás secundaron perfectamente, y al final de cada acto fueron llamados á la escena todos los actores.

CIRCO BARCELONÉS.

Un lleno, sino completo, regular en la noche del Jueves, nos probó que el público de esta capital sabe comprender lo que es digno de llamar la atención.

Así era, el eminente actor señor Valero debía desempeñar el papel de Centellas en la aplaudida producción *La campana de la Almodama*.

En todo el drama los espectadores estuvieron pendientes de los labios del gobernador; pero en el final del segundo acto aquello fué horroroso. De la actitud, de los ademanes, de la inflexión de voz, de las contracciones de rostro, de todo echó mano el señor Valero y con esto la acción fué completa: no tenemos palabras suficientes para elogiar á este estudioso actor.

El señor Gimenez estuvo á una altura mas que envidiable en todas las situaciones dramáticas de esta producción. Igual que el señor Valero, fué interrumpida también el espectáculo por los aplausos de los numerosos espectadores.

Particular de la Cándida estaban en su elemento é inútil todo lo que había es un recuerdo. Ya hablamos de ellos las endebles todas este drama en el mismo coliseo y ahora habiendo notablemente mejorado el comedia de recomendación sus respectivas partes. Debía pasar la tempestad convencerse nuestros lectores que ya meos fué para que disfrutaran un par de veces á repetir, seguros de que no faltarán. La prensa y bien por quien tantos aplausos los diferentes caracteres que le es-

MISCELÁNEA.

El mayor castigo.—En un pueblo de la montaña, habían cogido en la trampa un enorme lobo y en medio del mayor tumulto y alegría, después de pasearlo por todas las calles, lo llevaron por fin á la plaza de la iglesia, para deliberar allí el castigo que merecía aquel *carnericida*:

Discutióse en grande y como es muy natural, nadie se entendía.

—Es preciso colgarlo por las patas! decía uno.

—Es preciso que muera machacado, decía otro.

—Que se le ahogue! gritaba una voz.

—No! es menester quemarlo!

—No, no! se ha de desollar vivo!!

—Es demasiado dulce, es demasiado suave todo eso, respondió entonces una campesina harta de hijos y de miseria; Señores! lo que es preciso hacer, es... *casarlo*...!!

¡Lo que son las cosas!—El 25 de julio del año X, el general Alejandro Dumás escribía á su amigo Bruno;

«Mi mujer acaba de dar á luz un hermoso y robusto niño; pesa nueve libras...!! «¡Como se hubiera asustado el general, si hubiera podido calcular los volúmenes que un día llegarían á componer aquellas nueve libras...!!

Epigramas.

Tres hermanos todos niños,
á hacer los toros jugaban
y sus padres los miraban
con paternos cariños.

Sobre quien el toro hará
disputas tienen de pronto;
y esclama el niño mas tonto,
¡pues bien *que lo haga Papá!*

E. P.

Han nombrado y no te asombre,
gentil-hombre á Blas No-paras.
Señor ¡que cosas tan raras!
un giboso... *gentil-hombre!*

M.

EL CAFÉ.

Se suscribe en Barcelona en la Imprenta de la Publicidad, bajada de la Cárcel, n. 6; y en las librerías de Manero y Popular-económica, Rambla de santa Mónica; Ginesta, Jaime 1.º, José Mañá, fuente de S. Miguel, n.º 4. y en las principales librerías del Reino. Redacción y Administración, en la misma imprenta.

PRECIOS. En Barcelona. En provincias

Seis meses. 10 rs. 24 rs.

Tres meses. 10 rs. 15 rs.

Un mes. 4 rs.

Por lo no firmado, NILO MARÍA FABRA, Secretario.

DIRECTOR Y E. R. JOSÉ ANTONIO FERRER FERNANDEZ.

—Imp. de la Publicidad, de Antonio Flotats, bajada de la Cárcel, n. 6.